

Pentecostés:
Venida del Espíritu y nacimiento de la Iglesia
Homilía de Mons. César Franco, obispo auxiliar de Madrid
en la solemnidad de Pentecostés.
Madrid, 27 de Mayo de 2012

En la solemnidad de Pentecostés celebramos la venida del Espíritu Santo y el nacimiento de la Iglesia. A la larga lista de pueblos que, según la primera lectura, escucharon en su propia lengua las maravillas de Dios – partos, medos elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, los de Asia, Frigia, Panfilia o Egipto - hay que unir la de aquellos que, a lo largo de los siglos, han recibido el evangelio y proclaman que “Jesús es el Señor” de la Historia. Nadie puede confesar la fe sin la acción del Espíritu Santo, como dice san Pablo. Gracias al Espíritu Santo sabemos la verdad sobre Cristo, el Señor resucitado, que trae la salvación al mundo.

Hoy nace la Iglesia, llamada a convocar a todos los pueblos en la unidad que crea el Espíritu de Dios. Griegos y judíos, esclavos y libres, hombres y mujeres de todas las culturas y razas hemos sido bautizados en el Espíritu Santo para formar un solo pueblo. La Iglesia, en su mismo nacimiento, nace como la *Católica*, es decir, la Universal, la que acoge a todos los hombres en su comunión, porque es la comunión en torno al único Redentor del mundo, Jesucristo, el Señor. Los grandes maestros de la fe, los Santos Padres, decían que el mundo había sido creado para ser Iglesia, asamblea de los salvados por Cristo. La salvación de Cristo debe llegar, en efecto, a todos los hombres redimidos por él. Por eso, el Señor resucitado se aparece hoy en medio de los Apóstoles y, en cierto sentido, anticipa Pentecostés, soplando sobre ellos y comunicándoles el Espíritu Santo para el perdón de los pecados. ¡Qué escena más plástica y sugerente del misterio de la Iglesia! Cristo, en medio de los suyos, mostrando su persona y otorgando la paz. El texto afirma que, exhalando su aliento sobre los apóstoles, les dijo: *Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados, a quienes se los retengáis les quedan retenidos*. Con esta efusión del Espíritu Santo se culmina la historia de la salvación. El Padre ha entregado a su Hijos; y éste, resucitado de entre los muertos, nos otorga su Espíritu, que nos reconcilia con Dios. Toda la historia esperaba este momento en el que, como anunció el profeta, toda carne recibiría el Espíritu de Dios.

La Iglesia se convierte en portadora de la misión de Cristo, como dice él mismo: *Como el Padre me ha enviado así os envío yo*. La Iglesia continúa y extiende la misión de Cristo: llevar la paz y la reconciliación a todos los hombres mediante el perdón de los pecados. La misión universal comienza con el mandato misionero de Cristo. La Iglesia es misionera. *Misión*, decía el beato Juan Pablo, es el nombre que debe calificar a la Iglesia en el tercer milenio, porque, aunque hayan pasado veinte siglos, estamos como en los comienzos del cristianismo: son más los que desconocen a Cristo y no creen en él que los que creemos. Ser cristiano es vivir esta responsabilidad de la misión, que hace injustificable la existencia de cristianos con los brazos cruzados.

Se explica así que en este día, celebremos el día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. ¿Qué es la Acción Católica? El Concilio Vaticano II, al explicarla, se remonta precisamente a los orígenes del cristianismo, cuando san Pablo y los apóstoles compartían su misión apostólica con hombres y mujeres que se entregaban de corazón a la Iglesia. Sin ellos no hubiera sido posible la primera evangelización, como es imposible ahora hacerla sin ellos. La relación estrecha entre pastores y fieles, unidos

en un mismo amor a la Iglesia, define el núcleo de la Acción Católica. Sentir con la Iglesia, amarla a ella y a sus pastores, trabajar por ella, es el carisma propio de la Acción Católica en la que los seglares, conscientes de su vocación bautismal, se organizan como un cuerpo orgánico para la evangelización. El gran teólogo Ch Journet, decía con razón, que la Acción Católica es tan antigua como el cristianismo, porque nace del impulso que el Espíritu Santo da a la Iglesia para extenderla por toda la tierra.

Los obispos amamos a la Acción Católica porque la Iglesia necesita de ella para evangelizar, con especial urgencia, como dice el Concilio Vaticano II. Vivimos momentos cruciales en la Historia de la humanidad y de la Iglesia en la que los últimos Papas nos llaman a una nueva evangelización. El próximo mes de Octubre el Sínodo de Roma se dedicará a este tema. Todos los cristianos debemos sentirnos responsables de esta urgente tarea, que es, sobre todo, una acción espiritual, es decir, una acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Cada bautizado debe preguntarse por su actitud misionera, por su vocación apostólica, que es una pregunta por su mismo ser cristiano. Para ello, debe ser dócil al Espíritu de Dios, que hemos recibido en el bautismo y la confirmación y ponerse a su disposición. La Acción Católica y los movimientos de Apostolado seglar, que el Espíritu suscita a lo largo de la historia, son cauces que ayudan a vivir la vocación apostólica, que no se puede realizar sin auténtica vida espiritual y formación adecuada. Es este, hermanos, el reto mayor de la Iglesia en nuestros días. En realidad es el reto de todos los tiempos. Se trata de salir de nuestro encerramiento, romper con nuestros temores y cobardías y proclamar, como hicieron los apóstoles, que Cristo es el Señor de la Historia y que toda la historia camina hacia su cumplimiento en él.

Para eso viene el Espíritu Santo. Las imágenes que acompañan su venida: el viento recio y las lenguas de fuego nos hablan de la fuerza que define su acción. Los apóstoles quedaron transformados por su venida: salieron a la plaza pública y predicaron a Cristo con valentía y gozo. Por el libro de los Hechos sabemos que su predicación fue confirmada con la conversión de muchas personas y con la expansión de la Iglesia. Hoy, como entonces, la Iglesia está necesitada de un permanente Pentecostés, como decía Pablo VI; está necesitada de cristianos que, movidos por el Espíritu Santo, aporten a la Iglesia lo mejor de sí mismos y contribuyan a la difusión del evangelio. «En cada uno, dice san Pablo, se manifiesta el Espíritu para el bien común». En medio de una crisis de valores morales y religiosos, que se manifiesta de manera dramática en los problemas económicos que afectan a tantas familias y hermanos nuestros, cada cristiano debe pensar en el bien común, y, guiado por el Espíritu Santo, debe poner su vida a disposición del evangelio. ¡Qué distinta sería la sociedad si viviéramos así! De la Iglesia naciente, don del Espíritu, se dice que en ella todos tenían un solo corazón y una sola alma, estaban unidos en la enseñanza de los apóstoles y en la fracción del pan, y ninguno pasaba necesidad ayudados por la caridad de todos. Por eso, gozaban del favor del pueblo. La Iglesia, en realidad, aparece como la casa de la salvación en la que el hombre se siente amado y querido por Dios y por los hombres. Ese es el plan de Dios para el mundo: de ahí que la Iglesia sea llamada signo o sacramento de la unión de Dios con los hombres y de estos entre sí.

Pidamos, pues, hermanos, recibir el don del Espíritu, que haga de todos nosotros esa Iglesia que el mundo necesita. Dejémosnos llenar de los dones del Espíritu para poder cumplir nuestra hermosa misión e invitar a los hombres a la confesión de la fe en Cristo Jesús. Para ello, invoquemos a María, que aparece en el centro de la comunidad apostólica como aquella que ha vivido al máximo la docilidad al Espíritu Santo y que por ello se ha convertido en el modelo y tipo perfecto de la Iglesia. Amén.